

*A Iñaki y Andoni,
infatigables compañeros
de muchos recorridos.*

El final feliz de una historia penosa en algunos casos pero muy gratificante en la mayoría de ellos. En la cumbre de Madalen-Aitz, al fondo Berriain, al otro lado de La Barranca.

Foto del autor.

El último monte del catálogo

KEPA LABIANO

Kepa Labianok atzeranzko artikulua bat idatzi du, Katalogoko bere azken mendia igon ondoren (1987.eko Ekainaren 7an). Madalenaitz mendia (861), Nafarroako Aralarreko mugan, izan da Hego-Euskadiko 4 lurraldeetako 583 mendi puntuagarrietan egiteko zeukan azken mendia. Zorionak, Kepa!

Albiste honaz baliaturik, katalogoko (J. Cortazar'ena, 1968) mendi guztiak igon dituztenei (Tolosako Estanislao Urruzolari buruz eta Arabako Ociori buruz zeozer entzun dugu) eskatu egiten diegu Pyrenaicaren Erredakzioarekin edo «Ehunen» Ordezkariekin harremanetan jar daitezen, beraien esperientzien berri jakitzeko.

PARTIENDO de Murgindueta cerca de Irañeta, me dispongo con Iñaki para ascender a Madalen-Aitz, mi última cima por coronar, para así completar la totalidad que figura en el Catálogo del Centenarios Montañeros, dentro de las cuatro Provincias de Euskadi Sur.

Atravesando los hermosos prados con buenos pastos y en los que numeroso ganado padece tranquilamente, mi memoria vuela por lo alto de tantas cumbres visitadas para detenerse y traer a mi recuerdo aquel lejano año 1972 en el que me em-

barqué en mi primer centenario de montes y que, sin embargo, parece estar ahí al alcance de la mano y que el tiempo transcurrido ha sido breve, como un soplo.

Me marqué como meta de esta experiencia, además del deporte en sí, el obligarme a conocer mi propia tierra «Euskadi» tan desconocida para muchos (entre otros yo en aquella época).

Primero fue un centenario y luego llegaron el segundo y el tercero, pero mi interés y curiosidad me llevó, también, a ascender a cimas centenarias sin puntuarlas para

ello. No sólo los recorridos fueron por Euskadi Sur sino en Euskadi Norte, que por razones, probablemente, de tipo político no están contemplados en el Catálogo; en el nuevo a publicarse próximamente se incluyen las siete provincias hermanas.

Puedo afirmar que en la actualidad conozco bastante bien nuestra «tierra». Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa y las tres del Norte: Lapurdi, Nafarroa-Beherea y Zuberoa, me han mostrado, además de sus montañas, sus hermosos valles y ríos, sus

maravillosos pueblos y lugares, así como sus gentes que conformaron en los siglos nuestra historia, enriqueciéndome en sus propias raíces.

Estamos llegando ya a la pared rocosa y hay que volver a la realidad. Leí que existe un paso para acceder a la parte superior y por más que lo buscamos, no conseguimos encontrarlo; analizamos nuestra posición y deducimos que el paso queda más a la derecha.

Como el terreno es sucio y penoso para andar, tratamos de encontrar en la vertical roca alguna chimenea por la que seguir. Damos con una pendiente muy pronunciada y decidimos aventurarnos por ella; trepando, arrastrándonos a veces, vamos salvando el desnivel mientras vuelven a mi mente nuevos recuerdos sobre los pesares que, a menudo, nos han deparado nuestras salidas a la montaña (malos tiempos, imposibilidad, por causas diversas, de lograr nuestros objetivos, grandes esfuerzos para conseguirlos, etc.), pero que siempre han sido compensados con la gran satisfacción que nos llenaba al finalizar con éxito nuestra jornada, o con la ilusión de preparar, para otro día, una nueva salida al lugar, basada en la experiencia vivida.

Cuántos kilómetros de asfalto recorridos, con lluvia o nieve, para llegar al punto de partida: cuántas botas y material gastado; cuántos «pactos» familiares para poder realizar las salidas.

Un compañero mío, jocosamente, suele comentar: «Los montañeros sois tontos, subir para luego bajar». Visto así de forma simplista, puede parecer tener la razón, pero qué enormes satisfacciones físicas y morales nos reporta ese «subir y bajar»; cómo se forjan nuestra voluntad y nuestro carácter; qué formidable es la camaradería ayudándose unos a otros cuando la ocasión lo requiere; por ello, prefiero seguir «subiendo y bajando» que prescindir de esa forma tan rica y sana de hacer deporte.

¡Ya hemos superado la roca! Pero ¡diablos! Tenemos ante nosotros el tan temido boj.

Nos queda todavía camino por andar hasta llegar a la cima y el bojedal cierra todo acceso a ella. En ocasiones su altura sobrepasa los dos metros y es más que imposible avanzar. Abriéndonos paso como en las mejores películas de aventuras, unas veces tirados por el suelo, otras veces forzando las gruesas ramas en las que bien la mochila o nuestra propia ropa quedan enganchadas, conseguimos avanzar e ir aproximándonos a la parte alta de la loma.

A este respecto, recuerdo muchos montes en los que llegar a la cota máxima es un trabajo penoso e ingrato y son también muchas las veces que me he preguntado si merecen figurar en el Catálogo, por ejemplo: Morua en Bizkaia, Ainzioa y Alaitz en Nafarroa.

Hay otros en los que su cima es tan cerrada que no ofrecen interés alguno para el montañero, salvo el de haber llegado a ella: Atxondo y Burretxagana en Bizkaia, Antxoriz y Zenborain en Nafarroa.

La labor a realizar es grande por parte de todos:

— Clubs de montaña, manteniendo los accesos para que el montañero pueda, con la dificultad normal que la propia montaña ofrece, llegar sin verse sometido a esfuerzos improbos y a verdaderas confrontaciones, en muchos casos, con la naturaleza.

— Instituciones, a las que corresponda, ayudando a los Clubs en este cometido, o realizando el trabajo, por sí mismas, en aquellos parajes que no pertenecen específicamente a club alguno.

La naturaleza está para disfrutarla sanamente y debe actuar a modo de sedante o balón de oxígeno en este mundo tan polucionado que nos ha tocado vivir. Para ello debe contar con los medios necesarios a fin de conseguir estas metas sin ninguna limitación.



Catálogo de Cimas

En ocasiones los montes quedan sucios al desaparecer el ganado como consecuencia del abandono de muchos pueblos por sus habitantes, pero sin degradar el entorno se pueden abrir o marcar caminos.

¡Por fin! Llegamos a un claro desde el que divisamos, a la izquierda, unos metros más adelante varias rocas que corresponden al punto máximo, la cima, de reducida extensión. No hay señal alguna que oriente al montañero que ha llegado a ella.

Sentado o semitumbado, mirando al cielo totalmente azul en un día soleado, recuerdo montes y montes en los que sus cimas no están señalizadas; algunos ofrecen duda de su situación pero otros no por la propia orografía del terreno, es el caso de Illón, Monte Julio y Tajonar en Nafarroa.

A este respecto quiero invitar a los gamberros de mal gusto, porque hasta para ser gamberro hay que tener clase, a que no destruyan los buzones colocados por y para los montañeros y quiero decirles, también, que como estimo no les molestan, los respeten ya que el esfuerzo que han podido realizar para llegar a ellos no les da derecho a campar por sus fueros.

He podido observar, en ocasiones, que los buzones, cruces y señalizaciones que los Clubs colocan con indicación de la máxima altitud, no corresponden exactamente a la verdadera situación de la cima. Probablemente este desfase se dé por tratarse su ubicación de una mejor atalaya que domina un entorno o panorámica más interesante que la propia cumbre, pero con ello se desvirtúa su localización. Como ejemplo: Ganzábal y Ogoño en Bizkaia, Astobitza en Araba, Belkoain y Ertxina en Gipuzkoa, Eskalar y Trinidad de Iturgoyen en Nafarroa.

Los buzones o placas indicadoras de la altitud y toponimia deben ser colocados en su lugar exacto.

En algunas publicaciones, también, he observado errores al no corresponder la cima descrita con la real:

— «Montes Alaveses», de F. Aldasoro (Jaundel, pág. 58 y Montemayor, pág. 66).

— «Montes de Euskalerrí», tomo I, de E. Beaskoetxea y «Guía de Montes de Navarra». Larreineta, págs. 66 y 276 respectivamente).

— «Montes de Euskalerrí», tomo II, de E. Beaskoetxea y «Mendiak», tomo 5.º. Arno, págs. 38 y 180 respectivamente, corresponde a la cota 610 y no a la 612).

— «Guía de Montes de Navarra». Arburua, pág. 84).

Han sido muchas las veces que me ha causado tristeza el estado de nuestros montes: suciedad y desorden existen por doquier. El montañero debe cuidar el monte y tratar de mantenerlo limpio, depositando los detritus en los lugares habilitados al respecto o bajándolos para tirarlos en los basureros de la zona urbana.

A los cazadores les haría una llamada especial para que tanto el monte como los puestos de caza no ofrezcan el lamentable espectáculo habitual, con peligro para los animales y vergüenza propia.

La naturaleza es como nuestra propia casa y por ello se le debe dar el mismo o mejor trato.

Antes de emprender el regreso por otro camino que se nos antoja más cómodo, ¡ya veremos!, quiero añadir que el recorrido de un concurso centenario es muy positivo ya que con él nos obligamos a nosotros mismos, a tener que realizar una serie de salidas mínimas anuales que, dada la flaqueza humana hacia la comodidad, reforzarán nuestra voluntad.

Nunca debemos catalogarlo como un concurso más, sino como medio para lograr aquello que nos aporte las satisfacciones y vivencias que podamos necesitar.